

Misa por el 35 aniversario de creación institucional de la Policía Nacional del Perú (05-12-23)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

El día de hoy, en el primer martes de la primera semana de Adviento, estamos en un tiempo de vigilancia. No sé si fue una casualidad que se fundara hace 35 años este reordenamiento de la Policía Nacional en este tiempo, pero es la gran labor de la Policía Nacional la vigilancia permanente, estar despiertos, estar atentos a las situaciones y ayudar a nuestro pueblo con todo el cariño y la entrega que hemos visto durante la historia, no solamente de la actual Policía Nacional desde hace 35 años, sino de todas aquellas instituciones como la Guardia Republicana o también la Benemérita Guardia Civil del Perú, que fueron generadas en el proceso de la Constitución de la República.

Y algo muy importante en este Adviento es, justamente, el aprender a ser centinela, aprender difícilmente (porque lo es) la atención a las situaciones que nos generan dificultad. Y, la policía siempre cuida que haya orden y que haya paz.

Y, hoy día, el Evangelio (Lc 10, 21-24) nos habla de que Jesús ha revelado al Padre y le da gracias porque lo ha hecho a los sencillos. Y todos sabemos muy bien que el cuerpo policial siempre ha sido integrado por gente sencilla, por gente de nuestro pueblo, que es el pueblo organizado para el orden. Y esto tiene importancia enorme porque dependerá mucho de que promovamos dentro de los sencillos todas las capacidades humanas, todas las capacidades de honradez, honestidad, juicio para decidir, y

firmeza para alcanzar objetivos importantes de orden público que nos permitan a todos vivir y convivir.

Por eso, hoy día, este Evangelio tiene una especial connotación en la alegría del Señor. El Señor se alegra de que el Señor haya ocultado a los sabios e inteligentes estas cosas y las haya revelado a la gente pequeña, no porque quiera que no lo conozcan los sabios e inteligentes, sino que comprendan que hay una sabiduría en la vida de nuestro pueblo que necesita ser siempre rescatada. Y esa sabiduría también la tenemos en las primeras organizaciones, por ejemplo, las comunidades campesinas del Perú o de los barrios populares, en donde la gente organizaba su orden.

Recuerdo muy bien los años que trabajé en la Tablada del Lurín junto con Villa El Salvador, y cómo cuando se hizo esta gran presencia de los pobladores (como unos 300 mil) estaban perfectamente ordenados e incluso se confesaban de no haber cuidado el orden, porque había algunas zonas que todavía no podían cubrir la policía. Y es que esa sabiduría de la gente necesita ser recogida para poder hacer armónicamente un proceso difícil de control de la sociedad en forma ordenada y democrática.

Hoy día, por eso, especialmente, pedimos al Señor que nuestra Policía Nacional se fortalezca (como ya se está intentando hacer). Y, sobre todo, desarrollando todas las capacidades, incluso, las capacidades de inteligencia que permiten, justamente, saber bien claramente dónde está el mal y poder atacarlo adecuadamente.

Por eso, en este camino que se está haciendo, la Iglesia pone especial énfasis en recordar que, cuando fundamos una institución y la tenemos ya crecida como ahora, 35 años, lo más importante es siempre volver al fundamento de la fundación, que debe recoger también los

fundamentos del pasado. Esos fundamentos - varias veces lo hemos explicitado - en casi todas o en todas las instituciones tutelares nacionales, siempre hay algo muy importante que es característico del Perú: siempre están fundadas sobre mártires, sobre gente que dio su vida para que haya vida y, por eso, agradecemos a la Policía Nacional, tantos hermanos nuestros que han muerto en distintas situaciones dando su vida.

Y eso mismo lo tenemos también en todas las instituciones y, además, la Policía Nacional se caracteriza por estar encomendada a Santa Rosa de Lima debido a su papá, que era arcabucero mayor de Lima. Lo más importante es que ella también se donó a nosotros con generosidad, ayudando a los pobres, levantando el ánimo de la ciudad en situaciones sumamente difíciles.

Hoy día, por eso, debemos aspirar a esta “utopía” que tenía Israel, de que, aquellos que ayudan a dirigir la vida de un país y, especialmente, en este caso, en la institución de la Policía, tuviera esta capacidad de esperar algo nuevo, algo profundo y siempre mejor: *“Aquel día, el Señor de los ejércitos preparará para todos los pueblos, en el monte, un festín de carnes abundantes y vinos de solera”*. Y en ese festín, en esa fiesta a la cual vamos todos en la historia, se descubre el velo que oscurecen los ojos de la gente.

En los últimos tiempos, hermanos y hermanas, todavía hay mucha oscuridad en los ojos de la gente en el mundo y también en nuestro país. Los ojos de la ambición, los ojos de las mafias y de la corrupción siguen encegueciéndonos, pero, sí esperamos una luz que nos quite el paño que tapa a las naciones y que haga posible la aniquilación de la muerte para siempre, entonces, nuestros ojos resplandecerán de alegría y de esperanza.

Dice hoy día que *“un niño pequeño meterá la mano en la boca del áspid y no le hará daño”*, porque habrá paz. *“El oso se acostará con la cabra, la vaca con el león y habrá paz en todo el monte santo”*, dice el Señor en el texto de hoy (Is 11, 1-10)

Y por eso, hermanos y hermanas, intentemos aspirar siempre a una paz mucho mejor, con la conciencia de que es nuestra responsabilidad el profundizar en los fundamentos de la humanidad que estamos acompañando. Tengamos la capacidad de aspirar y de esperar en el Señor. Dicen hoy las lecturas que, *“aquellos que dirigen, no juzgarán por apariencias ni sentenciarán de oídas”*. Eso lo que pensaban del rey futuro que debería gobernar Israel, pero también es para todos nosotros, como responsables. *“Juzgará a los pobres con justicia, y con rectitud a los desamparados”*.

Por eso, hermanos y hermanas, hoy día que estamos viviendo en un contexto muy complejo y, en donde, existen signos muy graves que están asediando el estado y las instituciones tutelares, profundicemos en la importancia que tienen los fundamentos sobre los cuales descansan, los fundamentos de la donación, el servicio desinteresado y la ruptura con la ambición.

Y, por eso, voy a citar, como parte final de esta Homilía, las palabras de Monseñor Héctor Miguel Cabrejos Vidarte, Presidente de la Conferencia Episcopal Peruana, en su tercer párrafo de la carta que acaba de publicar, dice:

“Es indignante para todos los peruanos que los niveles de corrupción sigan erosionando a las instituciones tutelares del Estado. El Perú necesita con urgencia que sus autoridades manifiesten con transparencia que están libres de este terrible flagelo. Y que, en el ejercicio de sus funciones, actúen con un alto sentido ético, libres de

intereses personales y grupales, velando por la dignidad humana y el bien de todo ciudadano peruano. Actuar en contrario, descalifica a toda persona, cualquiera sea el nivel de responsabilidad asumida” (Carta CEP 4/12/23-Nr.3). Y citando el documento de la sinodalidad que acaba de emitir la primera asamblea, nos llama a los que somos cristianos: “los cristianos tienen el deber de comprometerse en la participación activa para la construcción del bien común. Y, todos somos corresponsables de esta tarea” (Idem.Nr.7)

Estas citas que pongo, lo que nos recuerdan es que a los inicios de la República nuestra Iglesia ayudó a generar el estado peruano a través del consenso de las instituciones, para que sean sólidas y sean construidas siempre en función del bien común, lo que implicaba una cierta renuncia. Siempre hubo caudillismo que pretendió que no haya Estado, siempre hubo gente que quiso dividirse el país entre todos. La Iglesia tiene un lugar: simplemente, anunciar el sentido de las cosas y volver a la humanidad. Y, como hemos dicho muchas veces, no es de izquierda, ni de derecha, ni de centro...la Iglesia es *del fondo* de la humanidad.

Y, por eso, hoy día que estamos ante una institución tutelar que tiene, justamente, como misión, como tarea y como testimonio histórico, que ha dado su vida por nosotros, necesitamos volver a la fuente, y toda institución que hay en el país tiene que volver a sí misma, sobre todo, los sujetos que las dirigen, pero también la institución misma, para reconformar una sociedad que, respetando el derecho de todos, permita una democracia llevadera y confiable. Para eso tenemos que renunciar a pensar que el ser humano es un ser absoluto, un pequeño “dios” que renuncia al Dios verdadero que nos lleva a amar y a servir.

Que Dios los bendiga, hermanos policías, que Dios les aliente siempre y tengamos siempre, en el testimonio de

ustedes, un testimonio de limpieza, de entrega generosa y de amor. Y que todos los que nos han precedido, han muerto, han dejado su vida, han derramado su sangre en favor de la democracia y el bien del país, siga iluminándolos y alentándolos.

¡Feliz día, felices 35 años, querida Policía Nacional!